

*in una Virgine virtutum species emicant!* ¡Qué placer será para ella el salir á vuestro encuentro, si seguís sus pasos! *¡O quantis illa virginibus occurret!* ¡Cuán presurosa tenderá los brazos á todos sus fieles imitadores, para conducirlos á la presencia del Señor! *¡Quantas complexa ad Dominum trahet!*

¡Ojalá, H. M., que merezcamos, por intercesión de María, nuestra dulcísima Madre, contarnos en el número de tan dichosos predestinados! Gracia que para todos deseo.

VILLECOURT.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Fe de María.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Esperanza de María.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Amor de María para con Dios.

CUARTA CONSIDERACIÓN.—Espíritu de oración de María.

*Beata quæ credidisti.*

Bienaventurada tú que creíste.

(LUC. I. 45.)

DICE San Agustín, A. H. M., que, para alcanzar más fácilmente la protección de los Santos, es preciso practicar aquellas virtudes por que ellos hubiesen mostrado más predilección, con lo cual no podrán menos de rogar por nosotros. Esto mismo sucede también con María. Cuando llega á arrancar por el arrepentimiento un alma de las garras de Lucifer, es necesario que esta alma consagre todos sus esfuerzos á imitar á su libertadora, si quiere participar de sus gracias y enriquecerse con sus beneficios, que no es posible que se concedan á las almas ingratas é infieles. Esta es la razón por que María llama bienaventurados á los que de veras la sirven. Todos sabemos que, cuando se ama, se identifica uno, ó trata de identificarse en lo posible, con el objeto de su amor. Ahora bien; si amamos á María, procuremos imitarla, que, como nos dice San Jerónimo, es el medio más seguro de honrar á tan Divina Señora. Ricardo de San Lorenzo dice también que sólo tienen derecho á llamarse hijos de María los que tratan verdaderamente de arreglar su vida á la que Ella nos ofrece por modelo: «Los hijos de María son sus imitadores.» De todo lo cual deduce con razón San Bernardo, que el hijo debe imitar á su Madre si desea ser amado de Ella; porque viéndose honrada por él como verdadera Madre, de seguro le tratará como á un verdadero hijo.

AVE MARÍA.



## PRIMERA CONSIDERACIÓN.

## FE DE MARÍA.

Así como María es Madre del amor y de la esperanza, también es Madre de la fe. «Yo soy la Madre del amor y de la esperanza,» dice la Santísima Virgen. San Ireneo afirma con mucha razón, que el mal causado por la incredulidad de Eva fué remediado por la fe de María. Tertuliano corrobora la misma idea, diciendo que Eva acarrió la muerte al mundo por haber creído, á pesar del Señor, en las palabras de la serpiente; y María, creyendo al Angel que le anunciaba que sería Madre del Redentor, sin dejar de ser Virgen, lo salvó por el misterio de la Encarnación. Ricardo de San Víctor, fijándose en las palabras de San Pablo, que dicen que «el hombre infiel fué santificado por la mujer fiel,» las comenta de este modo: «María es esa mujer fiel, cuya fe salvó á Adán, que es el hombre infiel, y á todos sus hijos. Bienaventurada tú que creíste, dice Santa Isabel á María, á causa de su fe; porque en Ti se cumplirán las maravillas que el Señor te ha anunciado.» A todo lo cual añade San Agustín, que María fué más dichosa en creer á Jesús que en ser su Madre.

El Padre Suárez no vacila en afirmar que la fe de María fué superior á la de todos los hombres y Angeles juntos. Al contemplar á su Hijo en el portal de Belén, veía en El al Creador del mundo; cuando huía con El á Egipto por evitar el furor de Herodes, no por eso dejaba de mirar en aquel tierno Niño al Rey de los Reyes; no por haberle visto nacer, dejaba de creerle eterno; aunque lo veía abandonado y pobre, para Ella era siempre el Rey y Señor del universo; y aunque lo miraba acostado en un miserable lecho de paja, no por eso dudó un instante de su omnipotencia; aunque el tierno Infante no hablaba aún, su Madre le consideraba como la sabiduría infinita; oíale llorar, y estaba segura de que su Hijo era toda la alegría del Paraíso; y por último, le vió espirar en una Cruz; y cuando la fe de todos los demás vacilaba, ella no dejó de creer ni un solo momento en la divinidad de Jesucristo. La Madre del Redentor se hallaba de pié al lado de la Cruz; palabras que San Antonino explica del modo siguiente: María permanecía de pié sostenida por la fe que la inspiraba la divinidad de Jesucristo; y luego añade, que esa es la razón por la cual en el oficio de las tinieblas no se deja más que una sola vela encendida. San León aplica á María con este propósito el siguiente pasaje de los Proverbios: «Su lámpara no será apagada durante la noche.» Y Santo Tomás, comentando estas palabras de Isaías: «Yo he apretado solo la prensa, y ningún hombre de las na-

ciones ha subido á ella conmigo,» las interpreta de este modo: El Profeta se ha servido de la palabra *hombre* por oposición á la Virgen, en quien la fe no desmayó jamás. «María, dice Alberto Magno, poseyó la fe en un grado muy eminente; tanto, que no dejó de creer nunca, aunque la fe de los discípulos vacilaba.» «Por su fe, dice San Metodio, ha merecido llegar á ser la antorcha de los fieles;» y San Cirilo de Alejandría la llama la Reina de la fe verdadera. A esta fe tan viva de la Virgen es á la que atribuye la Iglesia la extirpación de todas las herejías; y por último, Santo Tomás de Villanueva, al explicar estas palabras del Espíritu Santo: «Tú has herido mi corazón, oh Hermana, oh Esposa mía! con una sola de tus miradas,» dice que las miradas á que se refiere significan la fe de María, que cautivó el corazón de Dios.

Imitad la fe de María, nos dice San Ildefonso. Pero ¿cómo imitaremos esta fe? La fe es, al mismo tiempo que un dón especial, una verdadera virtud; es un dón especial que Dios concede al hombre, si se la considera como una luz divina enviada por El desde el Cielo; y es una verdadera virtud si se obra en consecuencia de los sentimientos que ella despierta en nosotros. Así, pues, la fe, no sólo debe arreglar nuestras creencias, sinó también nuestra conducta. Y San Agustín añade: «Tú dices que crees; pues bien; haz lo que dices, y esa será la verdadera fe.» La fe viva consiste en arreglar la conducta á la creencia. El justo que me pertenece, dice el Señor, vive de la fe. Tal fué también la vida de María, en nada semejante á la de los que viven sin tener su fe en cuenta para nada, y en los cuales está la fe muerta, según la expresión de Santiago. Diógenes, H. M., buscaba por todas partes un hombre; Dios parece también que busca un cristiano entre todos los fieles. ¿Qué importa que los cristianos sean muchos en número, si son tan pocos los que con sus obras lo manifiestan? A los que no justifican su título, se les podría decir con mucha razón, lo que dijo Alejandro á un soldado de su ejército, que se llamaba como él y que se hizo notable por su cobardía: «O cambia de nombre, ó cambia de conducta.» Pero nó, dice el Padre Avila, éstos deberían más bien ser encerrados en una casa de locos; porque, sabiendo y creyendo que sólo por medio de una vida arreglada puede ganarse la gloria eterna, y que á una mala conducta seguirán irremisiblemente los tormentos de la eternidad, no cesan de desmentir con sus actos sus creencias. Hé aquí la razón por la cual San Agustín nos exhorta á mirar las cosas del mundo con ojos de cristianos. De la falta de fe, decía Santa Teresa, nacen todos los pecados. Roguemos, pues, H. M., á la Santísima Virgen que se digne aplicarnos los méritos de su fe, para que la nuestra sea ilimitada. ¡María, aumentad en nosotros la fe!



## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

## ESPERANZA DE MARÍA.

De la fe brota naturalmente la esperanza; y el Señor no nos ha iluminado con los rayos de su divina luz, ni dado á conocer sus bondades y sus promesas, sinó para hacer germinar en nosotros el deseo de participar de ellas. Siendo, pues, bajo este concepto, la fe de María una fe sin límites, debía tener igualmente una viva esperanza, cuando la hizo exclamar con David: toda mi dicha consiste en adherirme á Dios y en poner en El mi esperanza. María era la fiel Esposa del Espíritu Santo, por la cual se dijo: ¿Quién es esta que sube del desierto, rica de gracias y sostenida en su amado? Porque realmente el mundo no fué á sus ojos más que un desierto; pues en él no se adhirió á las criaturas, ni puso su confianza en sus méritos propios, sinó que descansó enteramente en el amor de Dios. María sube del desierto, dice Ailgrin, es decir, del mundo, que abandonó de tal modo, que no le consagró afección alguna, y sube apoyada en su amado, que no es otra cosa que la gracia de Dios, y no en sus propios merecimientos.

María manifestó también cuán profunda era su confianza en Dios cuando observó que su preñez misteriosa era para José un motivo de inquietud, y que se disponía á abandonarla. Por una parte conocía cuán urgente era revelar á su esposo el misterio que en ella se había cumplido; pero prefirió ocultarle la gracia con que se había dignado el Cielo favorecerla, teniendo por más seguro dejar á Dios la defensa de su inocencia y de su honra. Así, pues, dice Cornelio á Lápide al comentar este pasaje, María no quiso revelar á José su secreto por temor de que pareciese que se prevalía de las gracias que el Señor le había concedido, y prefirió dejar á éste el cuidado de salvar su honor y proteger su inocencia. Dió una nueva prueba de su confianza en Dios, cuando estando próxima á su alumbramiento, la arrojaron de la posada de los pobres de Belén y se vió obligada á dar á luz á su Hijo en un establo, porque en la posada no había lugar para ella. En situación tan angustiosa no salió de sus labios ni una queja, sinó que puso su confianza en Dios, persuadida de que no le faltaría en aquel apuro. La huída á Egipto, empresa realizada sin los recursos necesarios, y hasta sin dinero, en un país desconocido, es otra prueba de la confianza que María había puesto en Dios. Lo ocurrido en las bodas de Caná, y otras mil circunstancias de su vida, vienen igualmente á probar que María había puesto en el Señor una confianza sin límites. «No tienen vino,» dice en Caná; y Jesús le responde: «Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? Mi hora aún no es llegada.» Esta respuesta que

parece un desaire, no abatió á María; por el contrario, llena de confianza en la divina bondad, se vuelve hacia los esposos y les dice que hagan lo que su Hijo les mande. En efecto, Jesús les ordena que llenen de agua las ánforas, y el agua se convierte en vino.

Aprendamos, pues, de María á confiar en Dios para el importante asunto de la salvación de nuestras almas; porque, si bien ésta depende principalmente de nuestras obras, no por eso dejamos de necesitar de la cooperación divina para alcanzar la gracia, ni debemos confiar en nuestras propias fuerzas, sinó decir con el Apóstol: Yo lo puedo todo en Aquél que constituye mi fuerza.

¡Oh, Santísima Soberana y Señora nuestra! Las Sagradas Escrituras os llaman Madre de la esperanza; la Iglesia os invoca como á la esperanza misma. ¿Qué otra esperanza podré yo buscar fuera de vos? Vos sois cerca de Jesús toda mi esperanza, y quiero llamaros con San Bernardo toda la razón de mi esperanza, y repetiros también con San Buenaventura: «¡Vos, que sois la salvación de los que os imploran, salvadme!»

## TERCERA CONSIDERACIÓN.

## AMOR DE MARÍA PARA CON DIOS.

Donde reina la pureza, dice San Anselmo, reinará también la caridad. Cuanto más puro y más vacío de sí mismo está un corazón, más abierto estará y más dispuesto á recibir el amor divino. La falta de amor propio en María, de ese amor propio tan perjudicial al género humano, fué lo que más la predispuso á recibir abundantemente las gracias del divino amor, por el cual fué elevada sobre los hombres y sobre los Angeles, según las palabras de San Bernardo, y esa misma fué la causa de que San Francisco de Sales la llamase Reina del amor.

El Señor ha ordenado al hombre que le ame de todo corazón; pero dice Santo Tomás que ese precepto no puede ser perfectamente cumplido en la tierra, sinó en el Cielo, porque aquí sólo podemos cumplirlo en parte. Sin embargo, contesta á esto el bienaventurado Alberto el Grande, que parecería poco digno de Dios el haber impuesto á los hombres un precepto que su misma Madre no hubiese podido cumplir en toda su extensión. Si alguno ha cumplido enteramente con este mandamiento, dice este autor piadoso, es indudable que ha sido la Santísima Virgen; y Ricardo de San Víctor opina del mismo modo. La Madre de nuestro divino Emmanuel se mostró perfecta en el cumplimiento de todas las virtudes. ¿Qué criatura ha podido corresponder mejor que ella al mandamiento que dice: «Ama á Dios de todo corazón?» El amor divino la abrasaba de tal modo, que era imposible



que existiese en ella mancha ó imperfección alguna. El amor divino, dice San Bernardo, hirió tan profundamente el alma de María, que se dejó sentir en toda ella, y la Virgen correspondió al precepto del Señor tan extensamente y con tanta prontitud como éste la había llamado. Así María puede decir muy bien: «Mi amado se dió todo á mí, y yo me di toda á él.» ¡Ah! exclama el mismo Ricardo, hasta los Serafines podían bajar del Cielo para aprender de María el modo de amar á Dios!

Dios, que es el amor mismo, dice San Jerónimo, descendió á la tierra para encender en el corazón de los hombres la llama de su amor; pero ninguno supo recibirlo como el de su Madre, que, puro y libre de toda afección terrenal, se abrió enteramente á ese ardor divino, que convirtió en viva llama el corazón de María, según los sagrados cánticos. Fuego interior, dice San Anselmo, cuyo brillo consistía enteramente en la práctica de las virtudes. Así es que, cuando María llevaba á Jesús en sus brazos, podía decirse de ella, con más razón que lo dijo Hipócrates de una mujer que conducía fuego: Es el fuego que lleva al fuego. La sola presencia de Dios, dice San Ildefonso, abrasó á María, como el fuego enciende el hierro que con él se pone en contacto; y tal era su vehemencia, que todos sus sentimientos llegaron á resumirse en el amor de Dios. Santo Tomás de Villanueva encuentra una semejanza entre el corazón de María y la zarza de Moisés, que ardía y no se quemaba. Por eso, dice San Bernardo, se apareció á San Juan revestida del sol. Su amor, en fin, la unió á Dios tan estrechamente, que es imposible á una criatura acercarse más.

San Buenaventura pretende que María nunca experimentó los ataques del infierno; porque, así como las moscas huyen del fuego que puede abrasarlas, así las llamas de la caridad que ardían en el Corazón de la Virgen ahuyentaban á los demonios, que ni aún se atrevían á acercarse á ella. Y dice Ricardo: La Madre de Dios se mostró tan terrible á los príncipes de los demonios, que no osaban aproximarse á ella, alejados por el fuego de la caridad que en su pecho ardía. Santa Brígida supo por medio de una revelación, que, mientras María vivió en el mundo, no tuvo otra alegría, otro pensamiento ni otro deseo que Dios, y que su alma, absorta siempre en contemplar la Divinidad, se entregaba á actos de amor incesantes.

Ni el sueño mismo pudo interrumpir el amor de María hacia Dios. Este fué uno de los privilegios de nuestros primeros padres, según San Agustín, y los santos autores la atribuyen también sin dificultad á María Santísima. Tal es, al menos, la opinión de Suárez, de Rupert, de San Bernardino y de San Ambrosio, en el cual se lee, al hablar de María, que cuando su cuerpo reposaba velaba su espíritu; y la Sabiduría de las naciones añade á éste también su testimonio: Su llama, dice, no se apagará durante la noche. Así es que, cuando su cuerpo se entregaba al reposo exigido por la naturaleza, dice San Bernardino, su alma se elevaba libremente hacia el Señor con un ar-

dor de que no es susceptible ninguna otra criatura. Entonces podía decir muy bien con la esposa de los Cantares: Yo duermo, pero mi corazón vela. Tan privilegiada fué durmiendo como despierta, dice Suárez: y por último añade San Bernardino, que todo el tiempo que estuvo en la tierra lo empleó en amar á Dios sin intervalo alguno, y que no hizo jamás sinó aquello que sabía ser agradable á Dios, á quien amaba tanto como creía deber amarle. Alberto Magno asegura que fué provista de amor divino con tal abundancia, que ninguna criatura en la tierra le sobrepujó jamás; y Santo Tomás de Villanueva cree que su caridad la hizo tan bella á los ojos de Dios, que ella sola le impulsó á descender á su seno para hacerse hombre. Por eso exclama San Bernardino, que la Virgen hirió á Dios en el corazón y le atrajo hacia ella por medio de su virtud.

Ahora bien, M. A. H.: si María ha amado tanto á Dios, no puede dudarse que lo primero que ha de exigir de los que la sirven, es que le amen también con todas sus fuerzas. María no tiene otro deseo tan ardiente como el de ver propagarse el amor de su amado, que es Dios. El Novarino se pregunta por qué la Santísima Virgen rogaba á los Angeles, con la esposa de los Cantares, que hiciesen conocer su amor al Señor: Yo os ruego, hijas de Jerusalén, que si encontráis á mi amado, le digáis que desfallezco de amor. ¿Acaso no sabía Dios cuánto le amaba? Y el mismo autor responde que no era á Dios á quien María trataba de dar á conocer su amor por este medio, sinó á los hombres, para encender en nosotros la misma llama que en ella ardía. Como la Virgen es toda de fuego para el Señor, cuantos la aman ó se aproximan á ella, se sienten bien pronto inflamados con su ejemplo. Esta es la razón por qué la llamaba Santa Catalina de Sena: La que lleva consigo el fuego del divino amor. Si queremos, pues, participar de este ardor bienaventurado, unámonos á María, tanto por nuestro amor como por nuestras oraciones.

¡Oh Reina del amor! la más amable, la más amada y la más amante de todas las criaturas, como os llamaba San Francisco de Sales; ¡oh dulcísima Madre y Señora nuestra! Dignaos enviar sobre nosotros una chispa siquiera de ese fuego sagrado que por Dios habéis sentido. Vos, que rogasteis á vuestro Hijo por los esposos de Caná, á quienes el vino faltaba, ¿os negaréis á rogar por nosotros, por nosotros á quienes falta el amor á un Dios, hacia el que tantos y tan grandes motivos de amor tenemos? Dignaos decir solamente: «El amor les falta;» y vuestras palabras nos alcanzarán ese amor. Sólo esa gracia os suplicamos, ¡oh María! en nombre del amor que tenéis á Jesús. ¡Escuchadnos, Señora, y rogad por nosotros!



## CUARTA CONSIDERACIÓN.

ESPÍRITU DE ORACIÓN DE MARÍA.

María es entre todas las criaturas la que mejor ha cumplido con este precepto del Salvador: Es necesario orar siempre y sin cansarse. A ella, dice San Buenaventura, le correspondía enseñarnos con su ejemplo la necesidad de la perseverancia en la oración. Después de Jesús, ella fué la que poseyó la virtud de la oración en el más alto grado posible. Su oración fué desde luego continua y perseverante, y comenzó en el primer momento de su existencia, para no concluir sinó con su vida. De aquí el retirarse al templo á la edad de tres años para entregarse á la oración más libremente: de aquí sus vigiliass piadosas, que la obligaban á levantarse durante la noche para arrodillarse ante el altar, como ella misma lo declaró á su prima Santa Isabel. Para meditar incesantemente sobre las penas de Jesús, dice San Odilón, visitaba con mucha frecuencia los lugares que habían sido testigos de su pasión y muerte. Su oración fué además de absoluto recogimiento y libre siempre de distracción y de desorden. Jamás, dice San Dionisio de Chartres, vino á separar á María de su unión con el Señor en medio de sus oraciones, ni el más mínimo afecto desordenado, ni la más ligera distracción de espíritu.

Santa Brígida asegura que el amor ardiente que María profesaba á la oración le hacía tan amable la soledad, que se privaba hasta de ver á sus padres. Fijándose San Jerónimo en las palabras de Isaías que dicen: «Una Virgen concebirá y parirá un Hijo que será llamado Manuel,» explica la palabra *Virgo* como sinónimo de «Virgen retirada», diciendo que el Profeta quería hacer comprender de este modo la inclinación de María á la soledad. Ricardo pretende que el Angel, al saludarla, la dirigió las palabras: *Dominus tecum*, por lo mucho que ella amaba la oración. San Vicente Ferrer cree que nuestra divina Madre no salía jamás sinó para el templo, y que iba siempre con paso grave y con los ojos modestamente inclinados hacia la tierra. Y si se apresura, cuando va á visitar á Santa Isabel, es, según dice San Ambrosio, para enseñar á las vírgenes que deben huir de las miradas del mundo. San Bernardo asegura que la afición de María á la oración y á la soledad le hacía evitar cuidadosamente la conversación de los hombres. Por esta misma razón la llama el Espíritu Santo «Tortolilla.» La tórtola busca la soledad, y simboliza el recogimiento de espíritu. Así María vivió siempre en el mundo como en un desierto.

Filon dice que Dios no habla á las almas sinó en la soledad, y Dios ha dicho lo mismo por boca de Oseas: La conduciré á la soledad y hablaré á su corazón. ¡Oh, soledad! exclama aquí San Jeróni-

mo, sólo por ti se establecen entre Dios y los hombres esas relaciones íntimas que le unen con los que le aman. El silencio y la soledad, dice San Bernardo, ayudan al alma á elevarse, por el pensamiento, sobre la tierra, y á meditar en los bienes del Cielo.

¡Oh, Virgen Santísima! alcanzadnos también ese amor á la oración y á la soledad, que puede desprender nuestros corazones de los vínculos terrenales, permitiéndonos elevarlos solamente á Dios; ese amor, por el cual seremos conducidos algún día á ese lugar de bienaventuranza y de paz, donde esperamos poder alabaros y bendeciros con Jesús sin interrupción alguna y por toda la eternidad. Amén.

S. LIGORIO.